

# LA RECONCILIACION

EN otros tiempos, esta amistad sonriente entre Alemania y la URSS hubiese estremecido de terror a los políticos europeos. Como la causaron la paz de Brest-Litowsk (1918) y el pacto germano-soviético (1939). En el designio imperial británico de «balance of powers», Alemania y Rusia estaban destinadas a enfrentarse mutua y eternamente, de modo que no emergiese ningún poder sólido, ni militar, ni industrial, de ese fondo de Europa. Varios millones de muertos han ido señalando el éxito real de esa política, constituyendo una «historia llena de dolor», como ha dicho ahora Brandt al recibir con ánimo y formas de reconciliación al primer secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética; el primero que pisa, como amigo, el territorio alemán en el plazo de esta historia de dolor. Millones de muertos... Sólo la URSS se lamenta de veinte millones de caídos, a manos alemanas, en la segunda guerra mundial: «Nadie ha sido olvidado, nada ha sido olvidado», dice la leyenda del monumento a los muertos en la ruta de Leningrado a Moscú, por donde avanzaron los tanques de Hitler destruyéndolo todo a su paso. Y Alemania Federal se queja de otros millones de muertos, de desaparecidos en las prisiones y los campos, del desmembramiento del territorio. Para llegar a esta reconciliación, la URSS ha tenido que retirar de la vida pública a algunos jefes históricos (Chelost) que entendían que se traicionaba el recuerdo y que se pactaba con el enemigo eterno. Ha tenido que borrar toda una larga propaganda contra el «revanchismo militarista alemán». Y Alemania Federal ha tenido previamente que arrojar al foso de la oposición —donde se debate y se mordisquea entre sí— al partido que reunió a los vindicativos, a los últimos guerreros.

YA no hay terror en las cancillerías europeas porque, previamente, el designio imperial ha cambiado. La herencia imperial que pasó naturalmente de Gran Bretaña a los Estados Unidos fue la que siguió manteniendo como base esencial de su equilibrio la enemistad entre alemanes y soviéticos, además del odio acumulado por todos los muertos, todos los prisioneros, todas las destrucciones. Fue, como es sabido, consecuencia del cambio histórico señalado externamente por la muerte de Roosevelt y la ascensión de Truman al poder, pero más real y profundamente por la posesión de la bomba atómica, en supuesta exclusividad que se suponía definitiva, de la bomba atómica. La URSS entendía, como siempre a partir de la revolución —repetamos, de Brest-Litowsk—, que el enfrentamiento con Alemania era fruto de la acción de los otros. «La historia muestra que los Hitler vienen y pasan, mientras que el pueblo alemán, el Estado alemán, permanece»; esta frase no pertenece a los discursos de reconciliación de estas fechas, sino a Stalin, y es de febrero de 1942. «La URSS no tiene la intención de destruir o de desmembrar a Alemania», es otra frase de Stalin, de mayo de 1945, cuando sus tropas acababan de entrar en Berlín y el III Reich se hundía, mientras los americanos alentaban aún la terrible esperanza de poner en práctica el Plan Morgenthau: reducir a Alemania al estado agrícola mediante la desmantelación de todas sus industrias, convertir a todos los alemanes en bucólicos pastores y labradores.

HISTORIA pasada. La historia nueva comienza en 1963, con la «crisis del Caribe» y el replanteamiento de la situación mundial por Kennedy y Kruschev. Es la historia de la coexistencia, que va a cumplir diez años, que ha tenido algunos sobresaltos —Vietnam, Checoslovaquia, Oriente árabe—, pero que ha ido avanzando paso a paso. Uno de los pasos calculados ha sido este desarme moral entre Alemania Federal y la URSS. Las fechas están muy relacionadas. Si en 1963 comenzó a establecerse en una cierta medida la coexistencia entre la URSS y

los Estados Unidos, en 1964 se preparó ya una visita de Kruschev a Bonn; no se celebró nunca, porque Kruschev fue destituido antes. Ya en 1963 —en octubre— Adenauer, el nuevo «canciller de hierro», abandonaba el poder, que iría poco a poco degradándose en manos de sus sucesores —Erhard, Kiesinger— hasta dar entrada a la coalición con la social-democracia, y luego el triunfo total de la social-democracia, refrendado ahora, en las elecciones de noviembre pasado. Willy Brandt llegó al poder en octubre de 1970: en el tiempo transcurrido hasta ahora, la reconciliación se ha ido acentuando. Son pasos contados. Un camino claro, aunque lento. Es, diríamos, el camino que se está rehaciendo para ganar todo lo perdido desde que terminó la guerra.

SE ha acabado el gran negocio de la guerra, ha comenzado el gran negocio de la paz. Hay, claro, víctimas. Todos los que habían apostado a la guerra fría: partidos políticos, grupos económicos. Naciones enteras: todas aquellas que pretendían sacar su beneficio de un neutralismo con inclinaciones hacia el mejor postor. Se están cambiando sistemas, se están modificando modos de pensar. Quién sabe si el mismo asunto de Watergate no es una consecuencia de todo ello: otros escándalos ha habido, tapados por el «interés nacional» de la guerra fría. Hay, al mismo tiempo, terribles frustraciones. Los partidos comunistas lo saben bien, saben cómo les han salido grupos revolucionaristas a la izquierda, con nombres puramente coyunturales —maoístas, castristas...— para reprocharles su nueva blandura, su nuevo cambio, su forma de entenderse con el enemigo de clase. Renace el anarquismo: paseó sus banderas en París hace cinco años —mayo de 1968, la revolución del revisionismo, del izquierdismo «infantil», de los grupúsculos—, y algún desesperado aislado que se reclama de esas ideas aún arrojó la semana pasada una bomba en Italia contra una multitud derechista. Aparece el terrorismo: el terrorismo es el arma de los que no tienen otras armas. Comienza a aparecer el terrorismo de la extrema derecha. Porque la extrema derecha es la que más sufre en esta contracción dentro del esquema occidental.

TODAS las reservas de derecha se están manifestando ahora. La ocasión de la reconciliación germano-soviética es buena para ello. «Con todos los respetos debidos a la lealtad y a las buenas intenciones de Herr Brandt, ni él ni nadie que no sufra de incurables alucinaciones puede

Pancartas del partido socialista obrero alemán en el recibimiento a Brezhnev.







Willy Brandt, al dar la bienvenida a Brezhnev, se muestra deliberadamente como europeo, más que como alemán.

pretender que haya habido el más ligero signo de cambio de intenciones durante el período de la supuesta «détente», escribe el «Daily Telegraph», de Londres. «Aunque la amenaza de la guerra caliente se ha desvanecido, y la guerra fría a punto de terminar, y aparece una era de convergencia comercial, la convergencia ideológica no aparece ni siquiera remotamente en el horizonte», escribe Sylzberger en el «Herald Tribune». Y Mostaza, en «Ya»: «Europa tendrá que actuar muy unida para conseguir que Rusia ceda de sus posiciones sobre seguridad, defensa y reducción de fuerzas. Y los Estados Unidos tendrán que poner todo el peso de su poderío económico, técnico y estratégico sobre la mesa de la negociación para que Rusia se doblegue a unos pactos serios y efectivos de desarme y "desbloqueo". Con gesto sonriente, Brezhnev es un "duro", aunque no belicista». Más allá que esta derecha desconfiada, asustada, que sale con torpeza de sus posiciones antiguas, o no quiere salir de ellas, está la ultraderecha que acusa de comunistas a los negociadores occidentales. En general, la derecha ve estas reconciliaciones como una argucia soviética para recomponer su economía a costa de los países de Occidente y, con ella recompuesta, dentro de los años que hagan falta, volver a su propósito de dominio... Y prefieren la pérdida del gran negocio de la paz que es el que está buscando la derecha gobernante —de Nixon a Brandt, pasando por Pompidou y Heath— antes de abrir «la fisura», como suelen decir, en el bloque occidental. Que hace muchos años dejó de ser bloque en toda la acepción de la palabra, como también lo dejó de ser el soviético.

**B**RANDT, en estos días de conversación con Brezhnev, se ha querido mostrar deliberadamente como europeo, más que como alemán. Es un juego que ya llevó a Estados Unidos cuando se entrevistó con Nixon, y que Nixon no le permitió desarrollar a fondo. Un juego externo. En realidad, Brandt está negociando con Brezhnev una profundidad económica: los 1.200 millones de dólares de su comercio mutuo durante el año pasado, que se van a aumentar en éste; los 1.000 millones de dólares de la acería que se va a construir en la URSS con la aportación técnica, en material y hombres, y económica, de la República Federal alemana. El gran Mercedes blanco que Brandt ha regalado a Brezhnev es algo más que un presente, que una cortesía, que una continuación de las caravanas de camellos cargados de riquezas que los reyes antiguos hacían preceder a sus entrevistas para propiciarse al interlocutor: es un símbolo de lo que puede hacer la industria alemana.

**P**ASADO por esta Aduana de la frontera, por este territorio de antiguos guerreros convertidos en comerciantes simpáticos, por esta puerta de revanchistas desarmados, la URSS colabora ya profundamente, y mutuamente, con el mundo occidental. Y el 19 de junio llegará Brezhnev a Nixon, en los Estados Unidos. Más que de Vietnam o de Oriente árabe se hablará de otras fábricas, otras industrias, otras importaciones y exportaciones. Es un futuro irreversible. Con todo el dolor que les cause a uno y a otro extremos, deberán adaptarse o perecer. Y sabiendo, desde luego, que sus sistemas ideológicos o sus grandes premisas tienen muy poca posibilidad de prevalecer. Y que difícilmente, al cabo de los años, cabrá una política interior distinta de una política exterior: el Interior no lo permite.

## LA ULTIMA BOMBA DE MILAN

### PERO, ¿QUIEN ES BERTOLI?

Gianfranco Bertoli arrojó una bomba, en Milán, contra la multitud que asistía a la inauguración de un busto, en la Questura —jefatura de Policía—, del comisario Calabresi, asesinado el año anterior. Una muchacha —veintitrés años— muerta, 40 personas heridas de más o menos gravedad. Bertoli, cuando le detuvieron, gritaba en tono vindicativo el nombre de Giuseppe Pinelli: fue un hombre que cayó por una ventana de la Policía cuando le interrogaba el comisario Calabresi, ahora conmemorado. Se le interrogaba en relación con el atentado terrorista contra un Banco milanés, que produjo 16 muertos. "Haced ahora conmigo lo que hicisteis con Pinelli —gritaba Bertoli al ser detenido—: tiradme por la ventana". Son fragmentos de la crónica negra política de Italia. La violencia la condenan todos. Los tres grandes sindicatos —el comunista, el socialista, el católico— acaban de hacer un llamamiento a la cordura. Piden a los obreros que estén vigilantes en sus fábricas para cortar la violencia. Todos temen que sean provocaciones para llegar a producir un golpe de Estado.

¿Quién es Bertoli? Un hombre de mil caras. Un hombre inestable. Un producto de nuestro tiempo. Se le dice "anarquista individualista". A través de él se acusa hasta a Max Stirner, porque "El único y su propiedad" era uno de los libros favoritos del terrorista. Pero, ¿cuál era el otro?: la Biblia. El libro de Max Stirner —"uno de los más impíos que se hayan escrito jamás", Eugenio Montes, en «ABC»— no pasó nunca de ser una de las utopías del siglo XIX, un canto a la unidad del individuo y una negativa de someterle a cualquier estado, a cualquier tiranía de la sociedad, elogiando, en cambio, la asociación y la autosuficiencia: "Sólo en el momento en que soy consciente de mí mismo y no me busco más, soy verdaderamente mi propiedad". Nunca incitó a la violencia a nadie, y si el hombrecillo Stirner —profesor de un colegio de señoritas— fue una vez a la cárcel, fue por deudas y no por otra cosa. En cuanto a la Biblia, la leía en hebreo. No es judío, pero tiene pasión por Israel. Buscó durante dos años, en un "kibutz" la soñada utopía, la asociación. Lo que encontró fue granadas: la que arrojó contra los milaneses que conmemoraban al comisario procedía de allí. En la granja había armas de todas

clases: los "kibutzim" están organizados, como se sabe, en unidades paramilitares de autodefensa. Leía la Biblia en hebreo, leía libros en inglés y francés; contaba a veces una triste historia familiar —una muchacha que le abandonó, un hermano "de opiniones políticas distintas"— y no tuvo durante esos años ninguna amiga: las chicas del "kibutz" se preguntaban por qué, aunque el hecho de no ser hebreo parece suficiente en un país racista, que no admite las uniones mixtas.

Se busca más en el fondo del pasado, en los cuarenta años de pasado de este ciudadano. Y se encuentra relación con el grupo Nestor Mekhne, de Mestre. Otra vuelta al siglo XIX: Nestor Mekhne era un ruso de los partidarios de la destrucción del Estado, pero más bien estaría en la línea de Bakunin, del anarquismo libertario, que en la de Stirner, del anarquismo individualista. En todo caso, debió huir de Rusia y morir exiliado en Francia: le perseguían los comunistas. Los de Nestor Mekhne aseguran que no conocen a Bertoli. Y la FAI (Federación Anarquista Italiana) asegura que nunca ha militado en sus filas. Y se sigue investigando. La investigación, de pronto, llega al Círculo. Que no es anarquista, sino, quién lo iba a decir, fascista. El Círculo es sindical, dependiente del Movimiento Social Italiano, el MSI: los neofascistas. ¿Qué hacía con ellos Bertoli? ¿Se va a profundizar por esa vía? El hecho es que Bertoli fue a visitar a uno de los dirigentes del Círculo el día antes del atentado.

Pero, más aún, el pasaporte que tenía, y el que le sirvió para su estancia en Israel, estaba a nombre de Massimo Magri. Y Magri resulta ser un político marxista-leninista de Bérgamo. Su pasaporte le había sido robado del coche hace años: Magri exhibe ante sus interrogadores el testimonio de haber denunciado el robo en 1968, y haber obtenido otro pasaporte.

¿Quién, a fin de cuentas, es Bertoli? ¿Quién armó su brazo con la bomba? ¿Max Stirner, la Biblia hebrea, la tensión del "kibutz", los neofascistas, Nestor Mekhne, Massimo Magri? Bertoli es, en fin, una de estas figuras desquiciadas, desequilibradas propias de nuestro tiempo. Un Oswald, quizá, tal vez con otra conciencia. Un iluminado, un fanático, un desesperado, un loco de la política. ■ H.